

ARTICULO III.

(Sobre Sinónimos.)

ASTUTO, SAGAZ, TAIMADO.

Astuto, es el que por medios disimulados, legítimos, aunque no siempre nobles, consigue el fin que se ha propuesto.

Sagaz, es el que, conociendo las cosas del mundo, y el corazón humano, procede con gran cautela en todas sus acciones; y sale con bien en todo peligroso trance.

Taimado se llama el que se dirige á un mal fin, por medio del engaño. Todos tres, se valen del ingenio, en sus acciones.

En la conversacion contraponemos = *astuto*, á sencillo; *sagaz*, á inesperto; *taimado*, á franco. De esto se infiere, que la *astucia* y la *sagacidad* son cualidades que toman el carácter de buenas ó malas, del fin con que se emplean; mientras que el ser *taimado*, es siempre una cualidad mala que se opone á una buena.

Advertiremos de paso, que en nuestra lengua falta el sustantivo que espese la cualidad de ser *taimado*, y que pueda contraponerse á *astucia*, y á *sagacidad*; quizá por no ser este vicio característico de nuestra nacion. Asi es que la lengua española no tiene tampoco un verbo con que traducir el v. a. frances *trahir*; porque los españoles no acostumbran á hacer *traiciones*. La historia de una lengua, es quizá la historia del pueblo que la habla.

La *astucia* y la cualidad de ser *taimado*, facilmente pueden confundirse ó trocarse una por otra. El *astuto* se cubre con la máscara de la disimulacion; el *taimado* con la del engaño; pero cuando se emplea con mal fin la disimulacion, entonces el *astuto* que la emplea, se convierte en *taimado*. La *astucia* es la ocasion prócsima de ser *taimado*: tan resbaladizo es el paso que hay de una cosa á otra: la primera es en sí misma inocente, la segunda viciosa: añádase á la *astucia* la

TOMO II.

malicia ó la mentira, y al punto se convierte el *astuto* en *taimado*.

El *sagaz* se separa del *taimado*, mucho mas que el *astuto*; porque la palabra *sagacidad* se emplea siempre en buen sentido: la de *astucia*, no siempre: la cualidad de ser *taimado*, jamás. Un gran general debe ser *sagaz*; mejor para él si es *astuto*: pero el ser *taimado* seria cosa indigna de su nombre y de su dignidad. Por eso diremos siempre, el *astuto* Ulises, el *taimado* Sinón. Cervantes asi lo dice.

Hemos dicho que la *sagacidad* es la diligente cautela en ocurrir á las cosas y casos dudosos; y por eso Tácito pinta solo con una palabra á aquel prudentísimo jeneral del ejército de Oton, Suetonio Paulino, llamándole el mas *sagaz* de los guerreros de su tiempo. Del mismo modo llamamos *sagaz* al gran Fabio, y *astuto* á Aníbal, que por una *astucia*, escapó de la red que aquel le habia tendido; aparentando, por medio de las teas encendidas, puestas en los cuernos de los bueyes, que encaminaba su ejército á partes diversas de las que habia elegido para salvarse: pero el infame Apio al hacer entablar querrela de esclavitud contra la infeliz y apetecida Virginia, tejió negrísima trama, y procedió como *taimado*, y no como *astuto* ni como *sagaz*. Harémos tambien observar que las *astucias* imaginadas á tiempo y con buen fin, son dignas de alabanza; pero que el hombre de alma noble y elevada desprecia la *astucia*, como cosa baja y propia de aquellos á quienes faltan modos francos y sencillos de llegar al fin que se habian propuesto en sus acciones: no asi la *sagacidad*, que es una cualidad particular no solo de jenerales, sino de los que tienen conocimiento práctico de los hombres, y de los buenos repúblicos. Por el contrario, el nombre de *taimado* es odioso para todos.

MODESTIA, MODERACION, TEMPLANZA.

Nuestros antiguos escritores se valieron indiferentemente de estas tres voces para significar una justa medida y regla de todos los movimientos del alma; y el diccionario de nuestra lengua, con la esplicacion que hace de estas palabras, nos

18

ha dejado casi en la misma facultad de valernos promiscuamente de ellas, en el mismo significado. Pero el uso que, bien entendido, sigue siempre los progresos de la civilización y de la moral, ha reducido á términos claros y precisos el valor relativo de estas tres voces, y ha prescrito con exactitud el oficio peculiar de cada una. *Modestia*, pues, es una tímida demostración de inocencia ó de humildad.

Templanza es una virtud contraria á todo apetito desordenado, virtud que se enseorea severa de los deleites sensuales, y principalmente de la gula y de la lujuria.

Moderación, es una facultad de la razón, para conocer los movimientos del alma; mas acá de lo demasiado.

La naturaleza ha señalado á la *modestia* por compañera de las mujeres: la voz de las leyes, unida á la necesidad de la propia conservación, encargan al hombre la *templanza*: pero solo la recta razón iluminada por la experiencia, puede demostrar la necesidad de la *moderación*. Por esto, la *modestia* resplandece en el semblante del jóven bien educado: la *templanza* es el dote de toda persona prudente, y basta á veces una enfermedad causada por los vicios contrarios, para convertir en templado, al mas obstinado y desbaratado disoluto: pero la *moderación* es una virtud tan rara entre los hombres, que para que se vea honrada entre ellos, no bastan con frecuencia los golpes repetidos de la fortuna adversa.

Hermosa y rara virtud es, pues, ésta: es la flor de la razón, la guardadora de la paz, el destello de la sabiduría celestial, la pauta y medida de toda virtud; y es tal la luz suavísima con que resplandece, que, comparados con ella, se oscurecen los igneos meteoros de los conquistadores de mas renombre.

Hemos advertido mas arriba que la *templanza* regula, en particular, dos pasiones, á las que la edad, la necesidad, la costumbre, la educación, debilitan la fuerza; pero la *moderación* aspira á mas alto señorío y ecsije mas difícil obediencia; es decir, la de todos los deseos, de todos los ímpetus, de todos los movimientos del alma: ¿qué mas? hasta de las virtudes mismas y de los senti-

mientos mas nobles. Se diría casi que la *moderación* es una *templanza* moral, en cuanto que prohíbe todo desvanecimiento, contiene todo entusiasmo, regula el demasiado ardor por saber, el demasiado amor por la gloria, y vijila hasta sobre la justicia; señalando una meta entre la austeridad y la crueldad, entre el castigo y la venganza. Recuérdese el bello dicho de Becaría: «*Poquísimos han ecsaminado y combatido la crueldad de las penas.*»

Buscada con afán por los antiguos filósofos, profesada por Pitágoras, por Sócrates, por Platon: ha sido la *moderación*, hasta como santificada por la religión de los cristianos, llena toda de mansedumbre y benevolencia. Por eso la *templanza* y la *modestia* son á veces calidades naturales; pero la *moderación* es una virtud que se adquiere con ayuda de la moral y de la filosofía; y por esto la desconocen pueblos groseros y salvajes entre quienes la *templanza* y la *modestia* no carecen de valor y estima.

La *moderación* debería ser la guiadora inseparable, de aquellos que dicen haberles concedido Dios, una parte de su poder sobre los hombres.

Raro y sublime ejemplo de *templanza* y de *modestia* dió en la tienda de las mujeres persianas Alejandro, lleno aun de todo el calor de la juventud y de la victoria; pero no dió jamas uno solo de *moderación* en todo el proceso destructor de sus militares empresas. Y Tito mostró un relámpago solo de la luz de esta virtud á los atónitos romanos, que jamás la habían conocido.

Altanera y celosa es la *moderación*; no así la *modestia* que procede de temor y desconfianza propia; ni la *templanza* que se opone á sucios y bajos adversarios. La *moderación* procede de la fuerza del ama, combate pasiones ardientes é impetuosas, como la ira, la ambición, la soberbia, y por esto se arrima á los fuertes y jenerosos, y no para reducirlos á la medianía, sino para mejorarlos y engrandecerlos: rechazada ú olvidada por ellos, los abandona jimiendo, al tiempo que, por memorable alternativa, los precipita del Capitolio por la roca Tarpeya; de el trono primero del universo, al escollo de Santa Elena.

Agrada, finalmente, á la *moderación* toda con-

troversia, toda honrada opinion, pero la ofende una pequeña ecsajeracion en las palabras y cualquier mínimo ecsceso en las acciones: se sienta á veces en las Córtes y Congresos, pero es en breve de alli arrojada por la gritería y por la maldita y maldecida pestilencia de los partidos, que conducen á la causa pública á ruina inevitable.

Ultrajada se ve hoy la *moderacion* por muchos que desvergonzadamente la toman en boca, y se llaman *moderados*. No se crea por esto que la conocen: que nunca esa prenda segura de fortaleza se albergó ni un instante en el ánimo del inerte y cobarde egoista, del torpe y solapado ambicioso, del descarado y despreciable, que renegando de honor y de pátria..... pero no olvidemos la *moderacion*.

Los que hemos dicho, pues, son los significados de la voz *moderacion*, por los que se diferencia en este siglo décimonono de la *templanza* y de la *modestia*, si bien en estos tiempos se halle errante sobre la faz de la tierra, buscando en vano quien la recoja. Ojalá se honrase por fin, no diré el significado de la palabra, sino el noble ejercicio de la virtud que representa.

MODESTIA, DECENCIA, RECATO, COMPOSTURA, PUDOR.

Aqui ocupa su lugar la *modestia*, y aqui debemos ecsaminar su índole y cualidades, puesto que candorosa se nos presenta con sus amables compañeras á adornar la castidad de las costumbres, la inocencia de la vida.

Considerense primero estas virtudes en las mujeres, donde aparecen mas amables, puesto que algunas mudan de intencion y parecer cuando adornan á los hombres.

La *compostura* hace á las mujeres muy contenidas en las maneras, el *pudor* en las acciones y miradas, el *recato* en los ademanes, y continente, la *decencia* en los vestidos y demas cosas exteriores, la *modestia* en sus internos y secretos sentimientos. Todas estas preciosísimas dotes resplandecen con mas belleza en una mujer, que ignora tenerlas, y por hábito, y como por un instinto

natural, las usa; á diferencia de un hombre que sabiéndolo, las posee, y las cuenta entre sus deberes. Cuando éstas cualidades aparecen en el gran mundo, se ofrecen á la vista bajo diversos aspectos: huye cuanto puede la *modestia* las ocasiones de mostrarse y ser observada: la *compostura* se deja ver apenas: el *recato* se arma de gravedad: la *decencia* se presenta con cierto cuidado: el *pudor* se pone colorado y se esconde. La *decencia* es diligente, la *compostura*, circunspecta, el *recato*, severo; la *modestia*, tímida; el *pudor*, amablemente selvaje.

El *pudor* es una señal y demostracion casi involuntaria, de honesto temor, y de candor de alma; la *decencia* es una ley de sociedad, que varia, segun varian las costumbres, la *modestia* es un deber personal; el *recato* es el custodio de este deber; la *compostura* en las personas bien nacidas, es la regla del decoro; en las mujeres, la salvaguardia de su buena fama. El *recato*, la *decencia*, la *compostura* y el *pudor* cercan en torno á la *modestia* para defenderla. Desterrado el *recato*, abandonada la *compostura*, descuidada la *decencia*, y disipado el *pudor*; se ve obligada la *modestia* á darse por vencida; y la *decencia*, el *recato*, la *compostura*, y hasta el mismo *pudor*, son señales y apariencias de virtud, pero no la propia virtud que es la *modestia*; de la que, por otra parte, es compañero inseparable el *pudor*: y asi, cuando alabáremos á una persona por su *decencia*, por su *compostura* y su *recato*; aun no la habrémos llamado por esto, ni *púdica*, ni *modesta*.

Entre los hombres mudan de aspecto algunas de estas cualidades, puesto que contraponemos al *modesto* el vanaglorioso ó petulante, segun se considere de donde procede la *modestia*, ó de inocencia ó de humildad; y al *pudor* que entre nosotros es menos zeloso, contraponemos el descaro. En nosotros, por fin, es á veces la *modestia* como indicio de ánimo apocado y poco dispuesto á resoluciones grandes y arriesgadas; al paso que en las mujeres siempre es una virtud tan recomendable como necesaria.

Asi el *recato* que en las mujeres es compañero fiel de la *modestia*, es á veces en el hombre

señal de gravedad demasiada, y se acerca bastante á dureza. Continuarémos esta materia en otro artículo. = L. DE U Y R.

Al Vino.

- «Gozaré del reposo
Que infunde el vino á un ánimo aflijido,
Bañando mis tristezas en su olvido.
F. DE GUZMAN.

Por vez hoy primera, mis penas amargas,
Ahuyente este grato fragante licor,
Y á un tiempo las horas mortales y largas
Que amor infeliz de llantos llenó.

¿Que importa que el vino no halague á mi boca
Cual la dulce halaga de amante beldad,
Si, en cambio, á letargo y á sueño provoca,
Y no cual sus ojos me engaña falaz?

Su fuerza no quitan al vino los años
Cual quitan al hombre de Patria el amor,
Y lágrimas tristes que acuerdan engaños
Las seca del néctar el plácido ardor.

Marchita, á los días cedió la hermosura,
Cual ceden las flores su vivo matiz;
Y el color brillante del vino depura
El tiempo en sus años, para mas lucir.

Los negros vapores, de pena aun mas negra,
El vino en la noche de mi alejará:
Y serena esta alma, cual azul que alegra
De sereno cielo, por siempre estará.

Ya nunca ajitado, de un rápido rio
Los cauces profundos y senos veré,
Creyendo aun mas hondo mi dolor sombrío
Que alegre, hoy bebiendo aqui anegaré.

Si jamás de amante veraz y de amigo
Podré un alma noble yo mísero hallar,
Del vino acójiendo la fuerza y abrigo,
Podré, entorpecido, mi afan olvidar.....

.....
Y, despertando, cantar
De las vides la virtud,
Que el vigor saben tornar
A la flaca senectud
Y su tristeza alegrar.

Y aliviando
Del pobre trabajador
La durísima faena,
Con su vivífico ardor
Saben quitar á su pena
El ponzoñoso dolor.

Y cantar, que un destello encerrado
De la luz creadora del sol,
Es el jugo que hierve inflamado
De la vid entre el fresco verdor.

Si cual del vino el vapor
Aun se alza, á mi despecho,
De este pecho

En lágrimas mi dolor.....

Tal vez al vaso caerán:

Mas la bebida á endulzar,

Para olvidar

La ingrata que culparán;

Y entre danzas,

Sus mudanzas

Y mentiras

Y mis iras

Olvidar:

Y cantar =

Que un destello de vida encerrado

De la luz creadora del sol, (1)

Es el jugo que hierve inflamado

De la vid entre el fresco verdor.

L. DE U. Y R.

(1) Galileo solía decir *que el vino es un compuesto de luz y de humor*: y Dante dice:

«Vedi il calor del sol che si fa vino
Giunto all'umor che dalla vite cola»

PURGAT.

SEVILLA.

Artículo 3.º

La Catedral.

§. V. En completa ignorancia han vivido hasta hace poco los extranjeros, y permanecen aun, por lo general, acerca de cuanto atañe á las bellas artes en España; cosa en gran parte debida á la indiferencia con que nosotros mismos hemos mirado nuestros tesoros, y originada igualmente de la aversion que aquellos han tenido á viajar por la península, y con razon sobrada, por desgracia, tanto por la inseguridad de los caminos y mala hospitalidad que por lo comun recibian, como por las trabas que para cualquier cosa encontraban en nuestras instituciones arbitrarias. Llegó la guerra de la independenciam; y consecuencia de ella fué un roze mas inmediato de nacionales con extranjeros. Entónces pudieron estos ver nuestra riqueza; y ya aprovechándose de nuestra ignorancia, ya valiéndose del brutal derecho de la fuerza, se hizieron dueños de innumerables pinturas de nuestros mas célebres profesores. Algunas, despues de la paz, se reclamaron y pudieron recobrase: otras han quedado en capitales extranjeras, donde se enseñan en el dia con el mayor descaro. No se puede dar un paso por la Península, sin hallar vestigios del vandalismo de la guerra, sin oír — aquí habia tantas alhajas, aquel hueco lo llenaba una vírgen de Murillo y el de mas allá un apóstol de Zurbaran.... *pero se lo llevaron los franceses!!* — Por desgracia nuestra, mas de una vez pudiera añadirse — los patriotas guerrilleros cargaron con la plata, envolvieron sus equipajes en los lienzos y se calentaron con los marcos dorados.....

Pero á pesar de todo, son bastantes las obras maestras que nos han quedado, no solo para dar

una idea de la prodijiosa fecundidad de nuestros pintores, sino para poner nuestra escuela al nivel de las primeras del mundo. Rico, riquísimo es el museo de Madrid en preciosidades nacionales: pero quien quiera conocer enteramente á Murillo, vaya á Sevilla, diríjase al convento de capuchinos *extramuros*, al Hospital de la Caridad y á la Catedral. Entre en la sacristía mayor de esta última, y verá los retratos ideales de S. Isidro y S. Leandro, arzobispos que fueron de este reino, de tamaño algo mayor que el natural, pintados por el célebre sevillano, con una belleza y correccion de dibujo, con una gracia y lijereza en el plegado de las ropas, con una májia tal en el pincel y en el colorido, que puede asegurarse que en estos cuadros se hallan reunidas las dotes de todas las escuelas.

Entusiasmado saldrá de esta sacristía el amante de las bellas artes, adorando en su imaginacion al hombre privilegiado, que asi supo robar sus secretos á la naturaleza: pero apenas ponga el pié en el bautisterio, olvidará de todo punto lo que acaba de ver, absorbiendo enteramente sus facultades otra produccion del mismo pintor, no ya un retrato, sino un lienzo de grandes dimensiones.

— Un religioso, lleno de santa unción y de alegría, de ánsia y de respeto, contempla desde las sombras de su pobre celda un rompimiento de gloria, que, para alivio de sus congojas y regocijo de su alma, en lo alto de la techumbre milagrosamente se ofrece á su vista. Casi arrodillado, en éxtasis, abre los brazos para recibir en ellos y estrechar contra su pecho hirviente al Niño Dios, que, rodeado de ángeles, resplandeciente de gloria y de magestad, baja hácia él, puro y consolador como el primer rayo de luz de la mañana. Vése la ondulacion de sus pies en una atmósfera de esencias celestiales. En vano buscan los ojos el lienzo, y se empeñan en descubrir las huellas del pincel humano; al completar éste su obra, la grosera trama y los colores terrenales han desaparecido; la verdad es tan grande y la ilusion tal, que la imaginacion acalorada acaba por ver lo que no existe y cree oír los cánticos suaves de los ángeles, que forman en torno del niño redentor una guirnalda

**

graciosa. Sus formas, bellas como el sueño del poeta, se pierden en el éter, y se confunden, conservando al mismo tiempo su pureza: son la realización del misterio: cuanto mas se aproximan los ojos para ver, á mayor distancia huyen las líneas, la luz, la realidad; finalmente, todo es oro, frescura y transparencia. El niño es un lucero que resplandece en medio de un piélago de luz. Murillo vió el cielo.

El vulgo, que algunas veces no yerra, conserva hácia este cuadro, como obra de arte, una veneracion profunda: y el *cicerone*, despues de hacer observar al forastero el ambiente del cláustro que á cierta distancia se descubre, y el relieve prodigioso de una mesa en el primer término, le contará como en una ocasion sucedió que un pájaro, extraviado en la iglesia, fué á posarse en esta mesa, creyéndola de madera.

Pintólo Murillo en 1656, época la mas feliz de su pincel, y el cabildo le dió diez mil reales, que, segun Cean Bermudez, pudieran equivaler en el dia á sesenta mil. Por lo que hace á su colocacion, es de deplorar que la luz que lo alumbraba sea hartó escasa en la mayor parte del dia, por lo mucho que la absorven los cristales de colores, por donde entra, y por la situacion de la ventana. Tambien perjudica mucho al efecto una malhadada lámpara, que á corta distancia del cuadro está suspendida, cuya luz vacilante se halla siempre interpuesta entre él y el espectador.

De la plácida contemplacion de la tranquilidad celestial, pasará éste repentinamente al espectáculo del fuego y arrebatamiento del infierno, en la capilla de Santiago el mayor. Verá al apóstol guerrero, de dimensiones sobrehumanas, hollando cadáveres con su poderoso caballo blanco, y desbaratando las huestes agarenas en los campos de Clavijo.—Si blasona el aficionado de gusto puro, y entre los llamados clásicos modestamente se coloca; si busca posturas académicas, composicion ordenada y simétrica, ropajes arregladamente desarreglados y líneas matemáticas, huya, por su vida, de este cuadro; que no verá en él un santo, como el frances David, el pintor de Rómulo, lo hubiera ejecutado, ni cual lo hubiera concebido Racine: sino al adalid cristiano, con su tez

tostada y su mirada fascinadora de milano, erizado el cabello, medio desceñida la túnica y arremolinado el manto; al hijo del trueno, cuyo semblante sañudo causa pavora, cuyo nombre fué durante tantos siglos un grito de guerra y de exterminio. No es un santo que mata riendo: es un dios de Miguel Angel, un demonio de Byron, delante del cual, como las hojas arrebatadas por un torbellino, se chocan y atropellan en su huida los soldados de Mahoma.

Esta creacion sublime se debe al pincel de *Juan de las Roelas*, sevillano, hijo del general de armada Pedro de las Roelas.

En la capilla inmediata hay una composicion de muy distinta naturaleza, propia para consolar del efecto angustioso, que en las personas sobradamente sensibles y nerviosas pudiera haber producido el cuadro de Roelas. Todo, en el de que ahora hablamos, es calma, dulzura y alegría. Representa á San Francisco de Asis de pié, en un trono de nubes y de ángeles, con indecible gracia en torno de él agrupados, y vagando toda esta masa ardiente, lijera y vaporosa en medio de una atmósfera de sin igual transparencia. En la cabeza del santo, al traves del sello de austeridad y de melancolía, que en todas sus facciones han debido estampar sus mortificaciones continuas, se trasluce el barniz voluptuoso de la salud y de la juventud, que contribuye á hacerlo mas interesante, recordando las tentaciones, que á tan gallarda presencia debe prodigar el mundo á cada paso; no asi como á esos séres decrepitos y achacosos, que otros pintores nos representan, y en los cuales no seria gran virtud, por cierto, resistir á tentaciones, que ni su carne sin vigor podria imponerles, ni seria fácil tampoco que encontrasen en una sociedad, que sin duda los rechazaria de su seno, como un hombre procura alejar de sí las enfermedades. Los rasgos del San Francisco de Asis son pronunciados, sus contornos puros y luminosos, y admirable la gloria que sobre su cabeza, entreabierta se descubre. En el primer término, un lego prosternado contempla absorto la aparicion. Singular es la energia y la facilidad con que esta figura está tocada; y al mismo tiempo se conoce la intencion del pintor, y se admira la maestría

con que ha sabido separar el cielo de la tierra. Entre el lego y el santo hay una distancia inmensa, la imaginacion descubre todo un mundo. Finalmente, composicion fantástica é ingeniosa, colorido suave y deshecho, brillante y natural al mismo tiempo, en el cual hacen admirable efecto algunas tintas rojizas y transparentes, conjunto picante, por la disposicion de las masas y claro oscuro bien entendido, y valentia de ejecucion, son las principales dotes del San Francisco de Herrera *el mozo*.

Sobre este cuadro se halla colocado otro de D. Juan de Valdés Leal, que representa á la Virgen echando la casulla á S. Ildelfonso. Apenas hay persona que, al verlo por primera vez, no lo crea de bulto, siendo preciso buscar una posicion oblicua, para conocer que es un lienzo, sin mas relieve, que el que supo darle el pincel de aquel famoso cordobés. Imposible es hacer mayor elogio que éste de una obra.

Los límites de un artículo de periódico, por mucho que yo me tome la libertad de ensancharlos, acaso sin el beneplácito de mis lectores, son demasiado estrechos para que me detenga en hacer una enumeracion de todas las obras sobresalientes de pintura, que en esta suntuosa catedral se hallan contenidas, así de los autores ya citados, como de otros de no menor celebridad. Contentaréme, pues, con decir (y perdónenme algunos aficionados, sino les parece demasiado entretenida una lista de nombres propios) que contribuyeron á enriquecerla Pedro Campaña, Alejo Fernandez, Antonio de Arfian y Anton Ruiz, discípulo suyo, Hernando de Sturmio ó Esturme, Pedro Fernandez de Guadalupe, Alonso Cano, Carlos Marata, Diego Vidal, Francisco Pacheco, Pablo de Céspedes, Francisco Zurbaran, Luis de Vargas, Francisco Antolinez, Luis de Morales, Pedro de Villegas Marmolejo, Don Juan Valdés Leal y su hijo Don Lucas, Alonso Miguel de Tobar, y otros mas ó menos conocidos, ó cuyos nombres completamente se ignoran.

Estas listas de nombres propios, que muy pocos lectores dejan de pasar por alto, por la razon sencilla de que poquísimos son los que concienzudamente se dedican á un estudio cualquiera, son, sin

embargo, los títulos de una nacion á la gloria, y debieran por lo tanto esculpirse en los parajes mas públicos, para escitar la emulacion y el entusiasmo de la juventud. Mientras este entusiasmo no se generalize, mientras reine en el público esa indiferencia de que vergonzosamente hacen algunos alarde, no habrá artes en España, no habrá civilizacion, no: que esta crea necesidades mas sublimes que las materiales, y no se contenta con paños y con trigo, con caminos y con canales.

Y como, aun sin guia, habrán de tropezar forzosamente los ojos en una colosal figura, que se encuentra junto á la puerta que va á la *Lonja*, no puedo menos de decir que aquel robusto San Cristóbal, cuyas piernas tienen 3 pies de ancho y cuya estatura de 34 pies y 6 pulgadas escede á la de cuantos seres vivientes se ven en este mundo sublunario, lo pintó Mateo Perez Alesio. Está dibujado con bastante proporcion é inteligencia: solo es lástima que la postura de sus piernas y de su cuerpo todo se asemeje algun tanto á la de un bailarín en el prelude de una pirueta.

§. VI. Capillas hay en esta iglesia, que muy bien pudieran pasar por templos, y muy suntuosos y capaces en verdad: y entre ellas debe contarse la llamada *capilla real*, que tiene sus capellanes y sirvientes particulares, y es independiente en un todo de las demas. En ella, dentro de una urna de plata dorada, se conserva incorrupto el cuerpo de San Fernando, y se venera asimismo una imagen de nuestra Señora de los Reyes, que dicen es la misma que el Sto. Rey solia llevar pendiente del arzon de su caballo. Consérvanse igualmente los restos de Doña María de Padilla, mujer del Rey D. Pedro, y los de los infantes D. Fadrique, Don Pedro y D. Alonso.

Construida esta capilla hácia la mitad del siglo XVI, época en que se hallaba ya muy adelantada la restauracion de las artes, pertenece naturalmente al género que se ha convenido en llamar *plateresco*. Sabido es que estas obras brillan mas por la gallardia y primorosa ejecucion de sus fantásticos adornos, y por la lozanía de ingenio de sus autores, que por la pureza y sencillez de las líneas; en una palabra, que suelen ser mas dignas de alabanza por las partes, que por el todo. Muy di-

fácil era, en efecto, renunciar de repente á la galana imaginación de los arquitectos góticos, y olvidar de todo punto las peregrinas labores sarracenas, que en mil monumentos les servían de admiración á cada instante, para adoptar la sencilla, y á sus ojos necesariamente pobre, arquitectura greco-romana. Esta, en los principios, debió amoldarse algun tanto al gusto tan fuertemente arraigado, y hubo de modificarse con las prácticas introducidas. Mas tarde, Herrera y otros acabaron de despojarla de los resabios que adulteraban su carácter. Pero á pesar de todos sus defectos, que algunos hombres de gusto severo y sobrado mal humor encarecen á porfía, creemos que la mayor parte de los monumentos de esta época se hallan á una altura inmensa sobre los que son el parto de la escasísima inventiva de los modernos arquitectos. Han creído muchos que para ser arquitecto basta tener una regla y un compas, y conocer los cinco órdenes y saber de memoria una docena de fórmulas: se ha antepuesto á la parte *estética*, espiritual, filosófica, sublime, del arte, la parte material, mecánica. Si alguien dijese que tanta poesía debia inflamar la mente del que concibió por primera vez la catedral de Sevilla y la creó de la nada, como la que para escribir un poema, la Iliada por ejemplo, se requiere; ¡paradoja! ¡absurdo! seria la respuesta mas benévola que de la mayor parte de sus oyentes ó lectores recibiría. Pues bien, gustosos nos sometemos á respuesta semejante; pero confesamos abiertamente que nuestra es aquella opinion, y que estamos persuadidos de que mientras no se generalize, muchos serán los albañiles, rarísimos los arquitectos: como en el día.

Del mismo estilo plateresco, si bien de mayor riqueza y gusto mas esquisito, es la sacristía mayor, de que ya hemos hecho mencion, en la cual se custodian las alhajas principales y las mas estimadas reliquias de esta iglesia. Hay entre ellas una espina de la corona del Redentor y un pedazo de su cruz. Cuéntase que deseoso un arzobispo de saber si era éste auténtico, despues de hacer todas las protestaciones cristianas, que el caso requería, echó en un brasero encendido la preciosa astilla, la cual se convirtió en ascua,

desprendiéndose de ella tan celestial fragancia, que atrajo á la iglesia considerable cantidad de gente; siendo de observar, que los que dentro de ella se encontraban, no participaron del milagroso perfume. Duró este prodigio lo que tardó en celebrarse una misa solemne, y concluida ésta, con unas tenacillas de plata se sacó de las brasas el pedazo de la cruz, el cual, en el punto mismo, arrojó de sí todo el fuego y volvió á su estado primitivo; no pudiendo quedar, despues de esto, la mas leve duda acerca de la preciosa autenticidad de la reliquia.—No hay en Sevilla beata que no pueda dar razon cumplida de este milagro.

Sobradamente largo seria si hubiese de hacer mencion de todos los brazos, dedos, quijadas y canillas que entre cristales y oro en este relicario se conservan. Hablaré solo de tres piezas sumamente curiosas é interesantes como recuerdos históricos. Es la primera una copa de cristal de roca engastada en oro, que se dice servía á S. Fernando en sus campañas. Las otras son dos llaves, que se creen del tiempo de la conquista. La una es de plata, en partes dorada, su tamaño algo menor de una tercia, su forma y su labor esquisitas. (1) El mastil es redondo, hueco por dentro y su remate en punta es de metal distinto. En las guardas, artificiosamente caladas, se leen estas palabras castellanas DIOS ABRIRA, REY ENTRARA. El anillo, casi enteramente cerrado á manera de medalla, con labores y follajes grabados, tiene en su orla caracteres hebreos cuyo sentido viene á ser «El rey de los reyes abrirá: el rey de toda la tierra entrará.» El dado, que está unido al anillo, presenta en cada una de sus cuatro caras una galera ó navío, y en la pieza torneada, que lo une al mástil y sirve á éste de cabeza, alternan castillos y leones. Es opinion comunmente recibida que los moros hizieron de intento esta llave para la ceremonia de la entrega de la ciudad, queriendo halagar el amor propio de su vencedor, dando á entender con sus motes y geroglíficos que solo á un monarca tan poderoso y digno de serlo del orbe en-

(1) Pueden verse dibujadas con bastante claridad en los Anales de Sevilla por Ortiz de Zúñiga

tero, se entregaría Sevilla, y esto abriéndole Dios sus puertas milagrosamente. Hablando de esta llave el célebre Ambrosio de Morales, dice..... *joya preciosísima de la santa iglesia de Sevilla: vila entre sus reliquias, y casi no me sabian dezir su origen, pero cuando sus señales no me lo manifestaran, personas ancianas me lo aseguraron, y que avia de aquella ocasion otras pressas que se avian perdido dignas de igual estima. Vi tambien, añade, el pendon con que se ganó Sevilla, y aunque se vé que lo han remendado, tiene mucha parte de su primer materia, mejor hubieran hecho en dejarlo en ella, y no aver puesto en duda lo antiguo, con los remiendos nuevos.*» Ambrosio de Morales escribía esto á mediados del siglo XVI. La otra llave es de hierro, y el significado de su inscripcion arábica, segun los versados en este idioma, no difiere del de la anterior, lo cual dá lugar á que se la crea de la misma época y fabricada con el mismo objeto. *(Se concluirá.)*

Nos apresuramos á insertar esta composicion, que hoy puede ser de circunstancias, de nuestro amigo D. J. B. de Castro, persuadidos de que nos lo agradecerán nuestros lectores, que con tanta sinceridad elogiaron las demas composiciones de este jóven escritor.

Acaso en el próximo número presentemos como muestra de una obra mas larga que medita este poeta, un cuento histórico, que con otros del mismo género y dos series de cuentos fantásticos y artísticos completarán una larga coleccion que saldrá á luz si encuentran aceptación en el público los fragmentos de esta obra que se propone el autor ir presentando en el *Artista*.

El día

DE DEFUNTOS.

I.

Noviembre empezaba, la tarde era fría,
Las nubes se alzaban cual negro vapor,
Por entre los pinos el viento gemía
Al lejos silvando con grito de horror.

Las hojas marchitas que arranca la brisa
Ruedan entre polvo con triste gemir,
Y mágicas danzas, fantástica risa
Imitan sus vueltas, su duro crugir.

Por los que murieron la iglesia rogaba,
Al viento se une su triste cantar,
Un túmulo negro del medio se alzaba,
Un cráneo corona su fúnebre altar.

La puerta del templo rechinando gira,
Él preste camina..... la fúnebre cruz
Abrazan sus manos..... el cántico espira.....
La cera á lo lejos esparce su luz;

Y el pueblo le sigue la frente inclinada
Pensando en sus muertos que posan en paz,
De tristes recuerdos el alma llagada
De fúnebre llanto cubierta la faz.

El sol se ocultaba allá en occidente
Cercado de nubes en medio del mar;
Ya pálida, muerta su luz esplendente
Cual entre cenizas la luz del hogar.

Cuando al cementerio la gente llegára
Y ante los sepulcros reza con dolor;
Y pálida cera confusa brillára
Ardiendo delante cual signo de amor.

II.

Mas yo que en la amarga vida
Con un viento de borrascas

Navego solo agitado
 Por tempestades y calmas ;
 En el triste cementerio
 Distruido paseaba
 Cual camina un extranjero
 Perdido en tierra lejana.
 Porque solo , abandonado
 Como en isla solitaria ,
 Ni un lazo solo me unía
 Con los que me rodeaban.
 No tenia un solo amigo
 Que al paso me saludara
 Y de tantas sepulturas
 Ninguna me interesaba.
 Y al ver algunas desiertas ,
 De alta yerba rodeadas ,
 Sin luz amiga encendida
 Y sin nadie que rezara ,
 Una dolorosa pena
 Sentí dentro de mi alma
 Por las pobres sepulturas
 Tan duramente olvidadas.
 Una entre todas, cubierta
 De blanco mármol se alzaba ,
 Nueva , sus letras de oro
 Traidoramente brillaban.
 « Memoria eterna , » decian ,
 « De una esposa desgraciada »
 Y la yerba la cubría
 Y ni una flor la adornaba.
 Un terrible pensamiento
 Que el mismo infierno abortara ,
 Nació dentro de mi pecho
 Y aun le destroza y desgarró.
 Si fuese cierto , me dige ,
 Que allí los muertos pensarán.....!

III.

Si fuese cierto que en la tumba fría
 Convulsivos los muertos se agitasen ,
 Y en continuos esfuerzos noche y día ,
 Noches y días de furor pasasen.....!

Tal vez alguno con sus secos brazos
 La losa empuja que resiste quieta ,
 Y pugna triste por romper los lazos
 Que á su lecho de muerte le sujeta.

IV.

Quizás en amargo llanto
 Pasa la noche serena ,
 Quizás recuerda con pena
 Su pasada humanidad !
 No encuentra , triste quebranto !
 El olvido que buscaba ,
 Aquel *no ser* que esperaba
 Por toda una eternidad !

Quizás horrible desvelo
 En su lecho le atormenta ,
 Y aburrido cuenta y cuenta
 Largas horas de dolor ;
 Filtra del húmedo suelo
 Ancha gota de rocío ,
 Y tiembla el triste de frío
 Sin poder buscar calor.

Solo , inmóvil , acostado
 Lloro por un compañero :
 ¡ Cuanto el sudario ligero
 Es pesado para él !

Si un soplo aunque fuese helado
 Algun pliegue levantara ,
 Si sus formas variara ,
 No seria tan cruel !

Y qué fuera si la muerte
 Abridase allá en su seno
 Todo el acerbo veneno
 De algun gusano roedor !
 Maldita , maldita suerte.....!
 La memoria descarnada
 De alguna vida enlazada
 Á nuestra vida de amor !

Pues sin duda habran tenido
 Aunque del mundo olvidados
 Seres tiernos, adorados
 Con quien sus almas mezclar.

Si ven tan ingrato olvido
 Desde su tumba apartada ,
 Nunca de llanto regada ,
 Ay ! cuánto deben llorar !

Conocer , ay ! qué pasaron
 Como el surco de la quilla

Que deja pobre barquilla
Sobre la espuma del mar!

Conocer que le olvidaron,
Que brilló solo un momento,
Sufrir tan duro tormento
Y no poderse quejar!

Oye por solo ruido,
En medio de su quebranto,
Del ave nocturna el canto
De tan siniestro gemir.

Oye tan solo el silvido
Del ciprés que el viento inclina,
Y la hoja que rechina
Con triste duro crugir.

¡Si al menos, cuando la luna
Sobre las tumbas riela,
Y de incierto vapor vela
La fúnebre blanca cruz:
Pudiera sin pena alguna
Dejar la asquerosa huesa
Y pisar la yerba espesa
Para bañarse en su luz!

¡Si pudiera, cuando todos
Duermen con sueño profundo,
Volver solitario al mundo
Donde la vida gozó!

¡Apoyar los secos codos
En la mesa carcomida
Del cuarto donde su vida
Por tanto tiempo pasó!

¡Abrir el libro empolvado
Que tanto le entretenía,
El cajon donde tenía
Mil objetos que mirar;

Llegar trémulo y helado,
Avivar el muerto fuego,
Sentarse cómodo luego,
Y calentarse al hogar!

Mas ni este triste consuelo
Viene á interrumpir su pena,
Solo del gusano suena
El tardo duro roer;
De un insecto el ronco vuelo
En la hueca tumba helada,

O de la lluvia pesada
El compasado caer.

¡Y el gran frio, con paciencia
Sufrir triste y solitario,
Sin mas pliegues que un sudario
Para sus huesos cubrir!

¡Sin calor, á la inclemencia
Sufrir tan crudo delirio,
Noche eterna de martirio,
Y tenerlo que sufrir!

Y sí, (¡cruel pensamiento!)
Los muertos tambien amáran,
Si memoria conserváran,
Fuesen celosos allí.....!

Amante que tal tormento
Recuerdas triste y medroso,
De ese cadáver celoso
¿Comprendes el frenesí?

¡Estar quieto, mientras ella,
La muger que se adoraba,
Por quien el alma se daba,
De tu nombre se olvidó!

¡Verla amante, siempre bella,
De amor roja en otros brazos,
Y repetir los abrazos
Que en otro tiempo te dió!

¡Escuchar sobre otro pecho
Alguna palabra amada,
Que en el tuyo reclinada
Solo pudiera decir:

Y desde tu oscuro lecho
Mirar con rabia impotenté
Que besan su labio ardiente
Y no poderlo impedir!

Y no poder una noche,
Cuando lejos silva el viento,
Escondese en su aposento
Mientras al baile se fué;

Y cuando baje del coche
Entre risueña y cansada,
Y desáte descuidada
Los lazos de su corsé:

Cuando sola ante el espejo
Tire las gasas y flores,

Y en las palabras de amores
Piense que acaba de oír,
Del cristal en el reflejo
Mostrarse en rayo luciente,
Esqueleto trasparente
Con sardónico reír....!

Y con largo beso, frío
Devorar convulsamente
Su seno duro y ardiente
Y sus labios de coral.

Apretar con rabia y brío
Su blanda mano de rosa
Con mano dura, huesosa
Que apretó la desleal!

Y despues con ronco acento
Del pecho hueco y profundo,
Suspiro de moribundo
Poderle decir así:

«¿Qué se ha hecho el juramento
Que antes de morir me hiciste,
Cuando falsa prometiste
Que vendrias tras de mí!

»Muy pronto lo has olvidado,
Mientras yo solo gemia
Y allá en esa tumba fria
Te aguardaba con amor:

»Vengo de esperar cansado
A reclamar tu promesa;
Lecho comun es la huesa,
Ven, alivia mi dolor.»

V.

¿En lo profundo del pecho,
Como dolorosa herida,
Este extraño pensamiento
Cual cáncer me martiriza,
Y corroe uno á uno
Los resortes de mi vida,
Se hunden mis cansados ojos
Y se ahuecan mis mejillas!

Pues nada mas horroroso
Ni mas terrible seria,
Que velar en el sepulcro
En una noche continua.

No fuera entonces la muerte

Una solitaria orilla
En medio de la tormenta
De los mares de la vida.
El hombre contra el destino
Ningun asilo tendria,
Ni aun las sombras del sepulcro
Seguro puerto serian.
No pudiera consolarle
Cuando la tormenta silva,
La esperanza de la calma
Que sigue al fin de los días.

J. BERMUDEZ DE CASTRO.

La portada del Tomo Segundo de nuestro periódico, que damos en este número, ha sido ejecutada por D. J. B. con el objeto de presentar á nuestros lectores, en un ingenioso capricho de artista, combinados en agradable conjunto los diferentes caracteres de las arquitecturas griega, romana, gótica, árabe, plateresca ó del renacimiento, y churrigueresca.

Soneto.

Sombras ilustres, que en la noche oscura,
Vagais por estas bóvedas errantes,
Ora derruidas, orgullosas antes,
Mansion de la victoria, y la hermosura,

¿A dónde tanta gala y donosura?
Tanto valor de pechos arrogantes,
Tanta ternura, y suspirar amantes
¿A dónde fueron, que ni el eco dura?

Todo es silencio donde fué alegría;
Cayó el alcázar de Alamir, su gloria
Y su poder tan envidiado un día.

De todo apenas, queda la memoria...
Todo cede del tiempo al poderío,
Solo eterno es mi amor, el dolor mio.

ESTAMPAS:

Patio de una casa árabe en el Albaicin de Granada.
Portada del Tomo Segundo del *Artista*.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.--FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.



R. I. it^o de Madrid.

*Daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el
ventero á la moza.*

Ayuntamiento de Madrid

Y en las palabras de amores
Piense que acaba de oír,
Del cristal en el reflejo
Mostrarse en rayo luciente,
Esqueleto trasparente
Cón sardónico reír....!

Y con largo beso, frío
Devorar convulsamente
Su seno duro y ardiente
Y sus labios de coral.

Apretar con rabia y brío
Su blanda mano de rosa
Con mano dura, huesosa
Que apretó la desleal!

Y despues con ronco acento
Del pecho hueco y profundo,
Suspiro de moribundo
Poderle decir así:

«¡Qué se ha hecho el juramento
Que antes de morir me hiciste,
Cuando falsa prometiste
Que vendrias tras de mí!

»Muy pronto lo has olvidado,
Mientras yo solo gemia
Y allá en esa tumba fría
Te aguardaba con amor:

»Vengo de esperar cansado
A reclamar tu promesa;
Lecho comun es la huesa,
Ven, alivia mi dolor.»

V.

¡En lo profundo del pecho,
Como dolorosa herida,
Este extraño pensamiento
Cual cáncer me martiriza,
Y corroe uno á uno
Los resortes de mi vida,
Se hunden mis cansados ojos
Y se ahuecan mis mejillas!

Pues nada mas horroroso
Ni mas terrible seria,
Que velar en el sepulcro
En una noche continua.
No fuera entonces la muerte

Una solitaria orilla
En medio de la tormenta
De los mares de la vida.
El hombre contra el destino
Ningun asilo tendria,
Ni aun las sombras del sepulcro
Seguro puerto serian.
No pudiera consolarle
Cuando la tormenta silva,
La esperanza de la calma
Que sigue al fin de los dias.

J. BERMUDEZ DE CASTRO.

La portada del Tomo Segundo de nuestro periódico, que damos en este número, ha sido ejecutada por D. J. B. con el objeto de presentar á nuestros lectores, en un ingenioso capricho de artista, combinados en agradable conjunto los diferentes caracteres de las arquitecturas griega, romana, gótica, árabe, plateresca ó del renacimiento, y churrigueresca.

Soneto.

Sombras ilustres, que en la noche oscura,
Vagais por estas bóvedas errantes,
Ora derruidas, orgullosas antes,
Mansion de la victoria, y la hermosura,

¿A dónde tanta gala y donosura?
Tanto valor de pechos arrogantes,
Tanta ternura, y suspirar amantes
¿A dónde fueron, que ni el eco dura?

Todo es silencio donde fué alegría;
Cayó el alcázar de Alamir, su gloria
Y su poder tan envidiado un dia.

De todo apenas, queda la memoria...
Todo cede del tiempo al poderío,
Solo eterno es mi amor, el dolor mio.

ESTAMPAS:

Patio de una casa árabe en el Albaicín de Granada.
Portada del Tomo Segundo del *Artista*.

Los editores, EUGENIO DE OCHOA.--FEDERICO DE MADRAZO.

IMPRESA DE I. SANCHA.



R. I. it.º de Madrid.

*Daba el arriero á Sancho, Sancho á la moza, la moza á él, el
ventero á la moza.*

Ayuntamiento de Madrid

